

RASGOS DE LA PERSONA QUE BUSCA A DIOS



4

PARROQUIA DE SAN ILDEFONSO
BASÍLICA MENOR
SANTUARIO VIRGEN DE LA CAPILLA

No sucede una relación personal e íntima con Dios porque sí.

Dios no es “exteriormente” evidente; no está en la superficie de las cosas. Dios no es como una cosa que está ahí como un hombre o una mujer que pasa a nuestro lado.

Hemos de disponernos, hemos de prepararnos para llegar a la relación con Dios.

¿Qué nos hace disponibles para vivir el don de la presencia de Dios en nosotros?

¿Qué características tiene una persona capaz de una relación personal e íntima con Dios?

Hablamos de cinco grandes rasgos, estilos personales que nos disponen a buscar a Dios y que además crecen en la búsqueda de Dios

Y narramos pequeñas historias. En estas historias aparece algo de lo dicho antes.

Estas historias se cuenta para que quien lea y medite este cuaderno pueda reconocer su propia historia por donde Dios pasa también.:

1.- Capacidad de interioridad

10.- Aquella noche

11.- No puedo vivir como veleta movida por el viento

12.- De lo mejor que me ha pasado

2.- Capacidad de elección

13.- He de continuar pensando

14.- No supe elegir

3.- Capacidad de gratuidad

15.- Mi vida entera con otros ojos.

4.- Capacidad de encuentro en la relación humana

16.- No puedo

17.- Me parecía

5.- Capacidad de fortaleza

18.- Mi abuela

19.- Para qué

20.- Noche oscura

EL HOMBRE LLEVA EN SU CORAZÓN UN MISTERIO QUE ES MÁS GRANDE QUE ÉL MISMO.

1.- CAPACIDAD DE INTERIORIDAD

Es la capacidad de percibir mi mundo interior, darme cuenta de mis esperanzas, mis equivocaciones, mis consuelos, mis inquietudes...

Pero a veces tengo tapada mi vida interior. Estoy tan ocupado con mis tareas, estoy tan distraído con mis diversiones, estoy tan dominado por lo que piensa mi ambiente, vivo tan pendiente de los estímulos exteriores que no entro dentro de mí.

A veces me da tanto miedo encontrarme con un vacío interior que no quiero mirar dentro de mí.

Pero no es sólo la capacidad de mirar dentro de mí sino la capacidad de relacionarme con lo exterior desde mi propia interioridad. Y así soy capaz de captar los temores de otros, las inquietudes de otros, los gozos de otros... escucho verdaderamente el vivir de los demás.

Para promover esta capacidad de interioridad he de amar el silencio y la contemplación.

El ruido y la distracción permanente me impiden el silencio.

El silencio es la capacidad de escuchar mis "mociones" espirituales y preguntarme sobre la voluntad de Dios sobre mí.

La contemplación se da cuando vivimos respetando la realidad de los acontecimientos y de las personas; no me pongo yo en el centro de la realidad. Y entonces me pregunto ante esos acontecimientos y esas personas ¿qué querrá el Señor de mí?

De esto hablamos en las siguientes “pequeñas historias”

10.- Aquella noche

11.- No puedo vivir

12.- De lo mejor que me ha pasado

10.- AQUELLA NOCHE

Bailamos hasta las tres de la mañana. Como todos los viernes había sido una noche muy alegre. Me sentía vivo cuando vivía espontáneamente. Muchos abrazos, muchas caricias, muchas risas. Todo parece que es verdadero cuando es espontáneo.

Me volví andando a casa. Y me vino una pregunta: ¿quiero a Luci? Parece que sí porque me siento bien con ella. Esto es querer. ¿Pero qué pasaría si ella me pidiera algo que me costara trabajo? Y me vino una duda: ¿quiero a Luci o me quiero a mi?

No supe responderme a esta última pregunta.

Ayer en clase de religión sentí unas palabras de Jesús que no entendí: “...nadie tiene más amor que el que da la vida por sus amigos...”

Ya llegaba a la casa y me acosté. Eran las tres y media.

Mi padre me llamó temprano para ir a trabajar con él al campo. Imposible levantarme. Y otra vez la polémica. Las discusiones no me dejan tranquilo, pero ¿qué quieren que haga si no tengo alientos para levantarme?

Mi madre me dice que soy egoísta. ¿Por qué me dirá esto?

Me cuesta trabajo pensar en lo que me pasa.

Comprendo lo que vivo espontáneamente.

Pero no sé ir más al fondo de mi vida.

¿Por qué me piden más de lo que puedo dar?

¿Puedo dar eso que me piden mis padres?

¿Es que tengo que ser diferente? ¿pero cómo ser diferente?

11.- NO PUEDO VIVIR COMO VELETA MOVIDA POR EL VIENTO

No puedo vivir desde lo que otros me dicen.

Quiero escuchar a mi mujer, a mis hijos, a mis compañeros de trabajo, a mis familiares, a mis amigos...

Pero sobre todo quiero escuchar mi conciencia, Y en esta escucha de mi conciencia me pasa algo importante.

Cuando me paro a escuchar lo que Jesús dijo e hizo, cuando en un rato cada día me pongo a meditar algunas palabras o algunos hechos de Jesús entonces sé cómo quiero ser y vivir.

Ya no soy como una veleta movida por el viento.

Ahora es cuando sé dónde voy, escucho de verdad a los otros y me esfuerzo por entenderlos. Pero primero he de experimentar lo que me da identidad y fortaleza.

Estando ante el Señor empiezo a caer en la cuenta que la voluntad de Dios se me muestra en los deseos, las esperanzas y las dificultades de otros. Y aún más el Señor me llama en los enfados de otros conmigo.

El otro día un compañero se enfadó conmigo porque yo no apoyé

claramente una reforma necesaria de la empresa. Y es que con esa reforma voy a salir perjudicado. Su enfado me hizo caer en la cuenta de que preferí un bien mío pequeño a que la empresa se reestructurara y así fuera viable.

Me he dado cuenta lo difícil que resulta no justificar los propios intereses sino dejarlos para que sean juzgados por la conciencia propia y los demás.

Aún no me doy cuenta que los perdedores me juzgan.

Los pequeños fracasos de mis hijos o mi mujer... los desaciertos de otros... las difíciles salidas de otros... me llaman a poner de mi parte para que las cosas sean distintas para ellos. Resulta fácil echar la responsabilidad a otros y quedarse uno fuera del escenario.

Pero la llamada a la conciencia es solo posible si medito en mi interior. No puedo vivir como una veleta movida por la irresponsabilidad, el egoísmo y la apatía...

12.- DE LO MEJOR QUE ME HA PASADO

Hacía tiempo que tenía deseo de hacer un día de retiro.

Varias veces me había propuesto ir pero siempre al final no podía.

No me ha sido nada fácil el silencio.

Nos hablaron una media hora.

Y ya nos dejaron toda la mañana en silencio.

Empecé a pensar en mi vida: mi familia, mi trabajo, mis proyectos...

Estuve mucho tiempo dándole vueltas a esto. Paseaba, me iba a la capilla, me sentaba al aire libre...

Veía en mi vida cosas hermosas y cosas a olvidar, cosas vulgares y cosas interesantes, dificultades y éxitos... una mezcla de bondad y medianía moral.

Al final me hice la pregunta: “¿Qué quieres de mi, Señor?”

He sentido una gran paz.

Enseguida comencé a pensar en cosas posibles a vivir...

pero me di cuenta que lo que tendría que vivir siempre es lo que ahora experimento: la paz del corazón.

Y comprendí que no sólo Dios me pide esa paz sino que está dispuesto a dármela. Para esto hace falta que yo le deje espacio a fin de que El intervenga. Entonces comprendí que lo que Dios me pide es un espacio de oración, cada día, a fin de recibir su paz.

2.- CAPACIDAD DE ELECCION

No puedo querer todo. No todo es compatible con todo. No todo vale.

He de elegir.

He de preguntarme sobre lo que afectivamente es el centro de mi vida.

He de preguntarme sobre el tesoro, lo más importante de mi vida.

Donde pongo mi corazón, allí está mi tesoro.

Si buscar a Dios, si el anhelo de Dios es el centro de mi vida, habrá cosas que las coloque en segundo lugar.

He de tomar decisiones y adquirir compromiso de acuerdo a si me ayudan o me entorpecen el centro, el anhelo de mi vida.

Pero a veces no elegimos sino que son otros los que eligen por mí. Son otros los que deciden por mí. Y entonces aparece una persona masificada y dominada por su ambiente.

Esto aparece en las siguientes “pequeñas historias”:

13.- He de continuar pensando

14.- No supe elegir

13.- HE DE CONTINUAR PENSANDO

Después de un día de trabajo fui a misa Con mis cansancios y preocupaciones llegué al templo unos diez minutos antes.

Me hincé re rodillas. Este gesto me da paz.

Enseguida me brotó una inquietud que llevo dentro.

¡He de tomar una decisión! Llevo tiempo dándole vueltas a esto. ¿Doy una entrada para comprar un apartamento en la playa o hago otro uso de ese dinero?

El apartamento además de ser una inversión para bien de mi familia, nos sería un lugar de descanso necesario. Llevo ya 35 años trabajando.

Por otra parte pienso que con parte de ese dinero podría solucionar un grave problema de agua en una zona del Paraguay...

Comienza la Eucaristía.

Le he pedido al Señor que me de capacidad para tomar una decisión verdadera. Necesito más luz en mi interior para saber qué hacer.

14.- NO SUPE ELEGIR...

Ahora que tengo 36 años, me doy cuenta que no supe elegir.

No tenía ilusión por esforzarme en estudiar. Me puse a trabajar pronto.

Me casé y vivo feliz con mi familia. Tenemos más que suficiente.

Entré con mi mujer en un grupo de matrimonios cristianos.

En una de las reuniones hablamos de cómo es posible vivir la verdadera libertad, la libertad de los hijos de Dios, desde dentro de uno sin dejarse influir por el ambiente y sus presiones.

Ahora siento que necesito conocer más cómo funciona nuestra sociedad para no dejarme llevar. Me siento un poco incapacitado para pensar. Y lo que no hice cuando era joven he de

hacerlo ahora: darme cuenta de cómo es la sociedad en la que estoy.

Lo que más quiero es vivir de acuerdo a mi conciencia iluminada por Dios. Y busco ser libre con la libertad de los hijos de Dios.

Hablando de esta libertad terminamos la reunión. Quedamos en seguir porque solamente hablamos un poco de esta libertad.

Esta libertad me resulta muy atrayente.

Y el amor a mi mujer y mis hijos me ha hecho descubrir dos grandes experiencias: por amor puedes hacer muchas cosas y desde el amor brota una libertad nueva que te impulsa a vivir lo que aparentemente no puedes.

3.- CAPACIDAD DE GRATUIDAD

Es la capacidad de no buscarnos a nosotros mismos, de no ser el punto de referencia desde el que valoro todo.

La gratuidad se da como “gratitud”: cuanto soy y tengo lo he recibido

Y luego se da como “generosidad”: soy desprendido porque he recibido mucho.

Gratuidad es “despojarse” de lo que con el tiempo desaparece en nosotros: atractivo físico, salud, capacidad de autonomía, ocupar situaciones importantes...

Gratuidad es “desasirse”: no estar encadenado a las cosas, eliminar las no necesarias y no utilizar a las personas como cosas a nuestro servicio.

Gratuidad es “humildad”: es estar ante Dios disfrutando de ser hijos. No me pudo colocar ante Dios como deudor atemorizado o como acreedor exigente.

Gratuidad es gratitud, generosidad, despojamiento, desasimiento y humildad. ¡Hermoso plan de vida!

Esto aparece en la siguiente “pequeña historia”:

15.- Mi vida entera con otros ojos

15.- MI VIDA ENTERA CON OTROS OJOS

Toda la noche ha estado mi suegro quejándose. Tiene un cáncer que le provoca grandes dolores. Cuando los calmantes le hacen efecto sigue con un permanente y débil quejido. El “ay” del dolor lo tengo grabado en la cabeza y el corazón.

Mi marido se tiene que levantar temprano para el trabajo, y se va a otro dormitorio. Yo me quedo junto a la cama de mi suegro. En un sillón duermo.

Cada mañana Juan, mi marido, se va al trabajo con los ojos rasados en lágrimas. ¡Le duele tanto el dolor de su padre!

Le lavo, le doy de comer, le muevo... me lo agradece con una sonrisa y alguna palabra de cariño.

Siento en mi interior que estoy haciendo algo muy grande... aunque esté muy cansada.

Hay en mi casa un ambiente de acogida. Mis hijos tienen cuidado de no hacer ruido y entran a ver al abuelo cuando pueden.

Va a ser difícil que podamos ir de vacaciones.

Sé que Dios me quiere por la alegría que siento al cuidar a mi suegro; así educo a mis hijos y amo a mi marido.

Mi marido dice que no sabe como “pagarme” y le respondo que la mejor paga es su cariño. ¡Es que no tengo más remedio que quererte!, me dijo.

Ese “no tengo más remedio” me llena la vida.

Y pienso: Así es Dios que “no tiene más remedio que amarnos” porque nos llama a la existencia por amor. Así se explica la cruz de Cristo

Mi suegro vive ahora la cruz, es otro “Cristo crucificado”.

¡Me viene tantas cosas a la cabeza cuando paso las horas de la noche, medio dormida y medio despierta, junto a la cama de mi suegro!

Estoy viendo mi vida entera con otros ojos.

4.- CAPACIDAD DE ENCUENTRO EN LA RELACION HUMANA

Sin una capacidad de relación humana madura es imposible una relación verdadera con Dios.

¿Qué hemos de cuidar para adquirir una relación madura?

a/ evitar el “ensimismamiento”, el estar sólo preocupado de mí mismo.

b/ evitar la “manipulación”: porque damos o entregamos algo, no podemos exigir la dependencia, hay que saber recibir también del otro.

c/ una relación de encuentro tiende a la “implicación”. Se trata de estar y vivir afectados por la vida de otros.

De esto hablamos en la siguiente “pequeña historia”

16.- No puedo

17.- Me parecía

16.- NO PUEDO

Bastante tengo yo con mi vida.

No puedo escuchar los problemas de otros.

Si me llegan dificultades de otros, me asalta una inquietud y un desasosiego tan grandes que prefiero no escuchar. Por lo menos hasta ahora el no escuchar me da paz.

Si no tengo más remedio que escuchar algún problema, doy un consejo y con eso ya vale. Que no me pidan más.

El otro día mi hijo de 24 años me dijo. “Mamá, no escuchas”.

“¿No te hago lo que necesitas?”, le contesté.

Y me dijo: “No; me haces lo que tú piensas que yo necesito, que es distinto”

¿Tan distante estoy de mi hijo que no conozco sus necesidades y anhelos?

Le he dado el dinero que necesita, le he comprado cuanto quería, estudia donde mejor le viene ¿qué más quiere?

Pero de esto no hablaba mi hijo.

Y empezó a decirme que vivir en la casa es agobiante. Siempre pienso en

mí, en mis cosas, en mis deseos, en mis enfados cuando hay alguna dificultad.

Me dijo que había oído hablar mal de otros, pero nunca había oído hablar con cariño de nadie. Y por supuesto jamás se habla en casa de la atención desinteresada a alguien. De lo que tienen que darnos los abuelos y de lo agradecidos que han de estar los amigos, sí se habla.

“¿Si lo estoy dando todo!”, le dije.

“No”, me respondió, “estás pensando sólo en ti y manipulas la realidad. No conoces, ni estás dispuesta a acoger lo que pasa a tu alrededor”.

“¿Bastante difícil tengo la vida!”, le contesté.

“Así lo sientes, pero te equivocas”, me dijo.

No quise seguir hablando.

Me sentí juzgada e incomprendida.

¿Tan débil soy que estoy incapacitada para escuchar de verdad a los otros?

¿Quién me librerá de esta cárcel?

17.- ME PARECÍA

Me pareció que me amaba.

Vivíamos con gozo los impulsos más fuertes del erotismo, la cercanía y la libertad de viajar y de comprar.

Habíamos aceptado que nuestra vida era una serena realidad con fuertes impulsos de novedad.

Nos parecía que esa novedad de los impulsos era nuestra verdad.

Una enfermedad paró nuestro vivir durante un año y medio.

Al final se marchó.

Mi vida no le tocaba en nada, sólo me manejaba para su bien.

Habíamos vivido manejándonos mutuamente y el más indefenso “perdió”.

No sé si he perdido o he ganado una nueva y difícil realidad.

Ojalá que aparezcan en mí aspectos ocultos de mi vida.

5.- CAPACIDAD DE FORTALEZA

Las más auténticas experiencias humanas y la experiencia de Dios no son fáciles ni baratas.

La indiferencia ambiental nos puede minar por dentro hasta casi apagar nuestro deseo de Dios. También apaga el deseo de auténticos encuentros personales.

La pereza personal nos puede dominar y volver atrás de los caminos.

El caminante sólo llega a la meta cuando continúa aunque el viento esté de frente y el cansancio le agote. La fortaleza es también perseverancia.

La búsqueda de Dios nos obliga unas veces a detenernos y a protegernos del camino y otras veces a salir a la aventura.

De esto hablamos en las siguientes “pequeñas historias”

18.- Mi abuela

19.- Para qué

20.- Noche oscura

18.- MI ABUELA

No había hecho más que tener la puerta abierta a todos.

Cuando lo necesitaban las vecinas podían entrar en la casa a coger algo y en el patio para lavar la ropa.

Sabían que por semana santa hacía dulces para todas...

Al final de la guerra civil había pasado muchas estrecheces.

Pero esto no le hizo ni huraña ni usurera. Al contrario, porque sabía lo qué era la necesidad y el sufrimiento tenía su casa abierta para cuantos la necesitaban.

Vivía una clara experiencia del amor de Dios. Cuando le hablaban del infierno decía: “serán tontos, con lo que aquí sufrimos y con lo que Dios que es Padre nos quiere ¿me va a condenar?”

Mi abuela vivía el convencimiento que brota de la cruz cuando se vive con amor: ¡no quedaremos defraudados!.

La vida pudo ser muy dura con ella, pero mi abuela fue capaz de no dejarse vencer por esa dureza sino que puso amor allí, en medio de la dureza.

19.- PARA QUÉ

¿Para qué preguntarme por Dios si tengo lo que deseo y espero alcanzar cuanto desee?, me dijo Antonio que ya estaba en cuarto de carrera.

Es posible que tengas razón, le contesté. La pregunta por Dios te va a complicar la vida.

Pero atrévete a pensar dos cosas:

¿Por qué otros no tienen lo que desean?

Y tú ¿tienes lo que deseas o lo que te han dicho que desees?

Los que no tienen, ya lo tendrán con el tiempo, me dijo.

¿Pero tú vas a hacer algo para que otros lleguen a tener?, le pregunté.

Yo no puedo hacer casi nada, me contestó.

Mi amigo Antonio había perdido ya al “prójimo” y así no tenía espacio

para Dios ni en su “corazón” ni en su “pensamiento”.

La indiferencia que brota en nosotros de muchas formas no deja espacio para la inquietud que me coloca al borde de Dios

Nos resultó muy difícil hablar de la segunda pregunta porque Antonio no había tenido nunca una verdadera experiencia de renuncia por amor. Se dejaba llevar por sus impulsos de bienestar y de triunfo personal.

Si no había tenido cosas o vivido experiencias era porque no había podido pero cuando podía ya, vivía lo que ansiaba.

¿Te has “sacrificado” por alguien gratuitamente, sin esperar respuesta?, le dije. Pero mi amigo no sabía vitalmente lo que era eso de sacrificarse gratis por amor.

Sin prójimo y sin gratuidad mi amigo Antonio le ha cerrado en su conciencia el paso a Dios.

20.- NOCHE OSCURA

Me llamo Luisa, nací en un pequeño pueblo y de joven me tuve que marchar a la ciudad. Tengo 60 años y soy viuda desde hace casi 4 años. Tengo 2 hijos de 33 y 29 años respectivamente.

La primera etapa de mi vida fue hermosa, fui una niña y luego una joven alegre y feliz, tuve unos padres maravillosos y, a pesar de haber vivido escasez, no carecí de lo necesario....

A los 20 años conocí a Juan con quien me casé. Mi vida junto a Juan transcurrió feliz.

De los dos hijos que tengo la chica es la mayor y con el segundo he tenido problemas de todas clases.

Este segundo hijo había caído en el mundo de las drogas... ha ido

pasando por varios centros para su curación... pero no logra salir de las drogas.

Mi hija se casó y les nació un hijo con síndrome de Down. Es un niño muy cariñoso.

Mi segundo hijo se casó, buscamos piso para la pareja y se fueron a vivir independientes.

Pocos meses antes de nacerle los gemelos supimos que mi marido tenía cáncer de pulmón y le daban un año de vida.

Mi marido murió a los diez meses de detectarle el cáncer

A mi hijo le nacieron hijos gemelos. Uno de ellos tenía graves problemas en al vista de forma que la perdió a los meses de nacer.

La mujer de mi hijo no pudo y abandonó a sus dos hijos

Yo, al estar viuda y vivir cerca de mi hijo, me hice cargo de la casa y sus quehaceres, y así sigo tres años después.

Dos días a la semana voy a casa de mi hija a ayudarle.

A pesar de todo lo expuesto, soy feliz. Me siento bien interiormente. Cuando llega la noche noto el cansancio, pero al día siguiente comienzo con nueva ilusión. Creo firmemente en Dios que me ayuda.

Al repasar mi vida, veo que mi fe, en lugar de venírseme abajo, va creciendo. Siempre he sido creyente, pues en mi juventud asistía a catequesis, frecuentaba la Eucaristía... pero no valoraba mi fe como ahora. Mi vida diaria se centra en ofrecer a Dios todo aquello que hago, trabajos de la casa, sufrimientos, alegría, plegarias... y cuando pido auxilio a Dios lo hago con la completa confianza de que, como Padre, me concederá todo aquello que más convenga para, algún día, gozar de Él.

Además, esta fe necesita un alimento. Lo encuentro en la lectura de los evangelios, el grupo de revisión de vida (con el que me reúno periódicamente), la catequesis (soy catequista de la parroquia), la Eucaristía y en la entrega a los demás, pues todo aquello que yo pueda ofrecer a mis hermanos es un don que he recibido de mi Padre, de manera gratuita; debo ponerlo al servicio de quien lo necesita.

Hay quien me pregunta cómo puedo sentirme tan bien con todo lo que me ha tocado vivir. Yo lo tengo claro: mi fuerza la encuentro en esa fe alimentada, cuyo centro es la Eucaristía, el motor de mi vida. Creo que un cristiano de verdad nunca está solo y si confía en que el servicio a los demás es lo más agradable a Dios, ha de sentir la felicidad que yo siento. Siempre pienso: tienes una ayuda inmejorable; si se me cierra una puerta Él me abrirá una ventana.

De esta manera me siento llena de vida, feliz, contenta y con unas ganas inmensas de hacer cosas nuevas cada día.